

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 .
Un año. 30 .

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
Seis id. 18 .
Un año. 34 .

DIRECCION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses. 15 rs.
Seis id. 28 .
Un año. 54 .

AMÉRICA.

Seis meses. 38 rs.
Un año. 70 .

FILIPINAS.

Seis meses. 60 rs.
Un año. 110 .

ADMINISTRACION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO FESTIVO, LITERARIO Y POLÍTICO.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

LAS TIENDAS.

ALMACEN DE PAPEL Y SOBRES.

—¿Me da V, una resmilla de papel?
—¿Para cartas?
—Sí, señor, para cartas y para lo que me dé la gana.
—¿De color?
—Nó, señor, eso se queda para los muchachos.
—¿V. lo querrá ministro?
—Nó, señor, no lo quiero ministro. Papel para cartas es lo que pido.
—Vea V., este es muy bueno, y tiene canto dorado.
—El canto es lo que ménos me importa. Soy poco aficionado á la música. ¿Cuánto es la caja?
—Diez y seis reales.
—¿Y dan VV. aquí todas esas cosas que se anuncian?... Unos botones, un espejo, cola de boca, dos chorizos...
—Nó, señor, nó, aquí no necesitamos dar eso para tener parroquia.
—Sí, ya veo que enfrente está Santa María. Pues yo creía que esa era costumbre general...
—Nó, señor, eso lo hacen en ciertos almacenes...
—¿Y me podría V. decir dónde hay alguno de esos almacenes?
—Hombre, no sé...
—Pues entonces voy á preguntar yo por ahí...
—Pero ¿no lleva V. el papel?
—Nó, señor, á mí me gusta que me den algo de balde, ó siquiera que parezca que me lo dan de balde.

—¿Has visto qué hombre tan guason?
—Pues mire V., ya le he dicho á V. que debemos anunciar que aquí se dan también todas esas chucherías que dan en otras partes... A la gente le gusta mucho eso...
—Bueno, hombre, mañana llevarás un anuncio al *Diario de Avisos* y á *EL CASCABEL*.

—Vamos á ver, me va V. á dar papel de varias clases.
—Aquí tenemos un buen surtido. ¿Lo querrá V. superior?
—Sí, señor, de lo más superior. Déme V. una resmilla grande.
—Papel ministro doble marca, ¿no es eso?
—Sí, señor...
—Este es de primera.
—Corriente; ese es para cartas á personas de categoría, sobre negocios, sobre política, sobre... ya me entiende V...
—Sí, señor, sí.
—Ahora una resmilla de papel como ese, pero para cartas de confianza, á los amigos, de recomendación, de excusa, de pésame, de enhorabuena...
—Aquí tiene V.
—Ahora me dará V. una resmilla de esas cartitas pequeñas, canto dorado, ya me entiende V., para escribir á las mujeres billetes de cierto género...
—¡Ya!... ¡ya! Aquí tiene V.
—Bueno; ahora quiero que me lo timbren VV. todo.
—¿En color?
—Sí, de varios colores.
—V. dirá qué iniciales...
—¿Iniciales?... A ver... José Zancajo... Eso es, J. y Z.
—Muy bien, pasado mañana estará todo.
—Quiero también que me pongan VV. un escudo de armas...
—Traerá V. el modelo...
—Nó, nó, á capricho de VV.... Lo que quiero es que

sean bonitas... con un casco arriba y unas plumas... en fin, una cosa que llame la atención.
—¿Querrá V. sobres también?
—Es claro, sobres de los tres tamaños, y timbrados también en color, y con el escudo...
—¿Y le ponemos corona?...
—Sí, señor...
—¿De conde ó de marqués?
—Si pudiera ser, de las dos cosas, porque ¿quién sabe si algún día?...
—Le pondremos entonces tres coronitas sobre el casco, una de conde, otra de duque y otra de marqués...
—Precisamente. Eso es lo mejor... ¿Y cuánto será todo?...
—Le costará á V. ciento cuarenta reales.
—Bueno, bueno... ¿Quieren VV. señal?
—Si nos hace V. el favor... porque nos ha sucedido que más de uno ha venido á timbrar papel y luego no lo ha recogido...
—Pues ahí quedan dos duros.

—¿Qué te parece ese pollo?
—Tonto de capirote.
—Con los tontos se vive. Así cayeran todos los días muchos que quisieran escudos...
—Aquella señora que pasa de la otra acera, viene aquí. A ver si es tonta también.

—¡Jesús! ¡qué sofocación! ¡y cuántos requisitos se necesitan en Madrid para nada!... ¡Ay! con permiso de VV., voy á sentarme, que estoy rendida de subir y bajar las escaleras de las oficinas...
—V. le tiene, señora. ¿Qué deseaba V?
—A ver, hágame V. el favor de un cuarto de papel.
—Señora, si V. quiere, yo le pondré la nota...
—Si me hace V. el favor...
—Sí, señora, diga V. lo que hay que poner...
—Primeramente, el nombre de mi padre, don Manolito Zoquete Rico.
—Zoquete. ¿Y qué era?...
—Yo le diré á V... Toda mi familia es de Extremadura... Mi abuelo fué allí virey...
—¿De Extremadura?...
—Nó, hombre, allá en las Indias; pero vino á Extremadura y se casó con mi madre...
—¡Ya!... ¿Y qué era?...
—Mire V., él era un hombre que no se sabía estar quieto...
—Tendría el baile de San Vito...
—Nó, señor, ni jamás me permitió á mí ir á un baile... Pues era un hombre muy emprendedor, y como allí teníamos de todo, ganado, granos, vino, aceite...
—Vamos, se dedicó al comercio...
—Sí, señor, era tratante en... en embutidos...
—Choricero...
—Nó, nó señor, que él hacía eso por afición y por no estarse parado...
—Bien, entonces pondremos *tratante en embutidos*, y *virey de las Indias*...
—Eso es... Mi mamá se llamaba doña Tadea Cacho de Zoquete Rico, hija de don Liborio Cacho, cirujano comadron de mar y tierra...

—Pues ya está.
—¡Ay! muchas gracias... ¡Jesús! no pensaba yo acabar tan pronto... Cuando yo escribo pongo más mentiras... Nada me queda que decir á VV.... En la calle del Gato tiene V. su casa, número 40, es decir, no es mi casa, pero allí estoy parando hasta ver si me despachan en las oficinas... Es igual, la casa es de una amiga mía, que como si fuera mi hermana... La pobre bien desgraciada es... Su marido se empezó á ladear, y... ya saben VV. lo que son esas cosas... Vaya, vaya, me voy ántes de que cierren...

—Aunque sea mal *preguntao*, ¿tiene V. *paper* de coraceros?
—¡Hombre! aquí no hay papel de ningún regimiento.
—Mire V., es un *paper* pa una carta, que tenga *pin-tao* un coracero.
—¡Ah! sí, papel para cartas de amor.
—Eso es, *paper* de amor.
—A ver si por casualidad ha quedado algún coracero.
—Ese es de infantería...
—Este sí que es bonito.
—Sí, pero es de artillería...
—¿Y este?...
—Ese es un guardia *cevil*... Ha de ser uno así como yo. A ver... Este es ingeniero... este es de lanceros... este, este.
—Tiene en la coraza un corazón...
—Este me llevo... ¿Cuánto es?
—Ocho cuartos la carta...
—Calle V., hombre... Cuatro... Y se parece á mí, con bigote... y el sable... ¡Ay! ¡ay!...
—¿Qué sucede?
—¡Hombre! que ese coracero *pin-tao* es cabo... ¿No le ve V. los galones?...
—¿Qué importa eso?... Así le gustará más á la novia.
—Es verdad... Así como así, yo voy á salir pronto á cabo...
—Entonces...
—Conque, cuatro cuartos...
—Lo último seis...
—Allá van... A ver si me deja en paz mi paisana, que siempre me está pidiendo que le mande en la carta un coracero... Como otro de mi compañía le ha mandado ya diez á su novia, que es del mismo pueblo... ella por no ser ménos... A ver si hay por ahí un papelito para envolver la carta...

C. FRONTAURA.

HISTORIA DE UNA COQUETA.

CONTADA POR ELLA MISMA.

A MI AMIGO ENRIQUE FREXAS DE SABATER.
Yo nací mujer, por equivocacion... No me cabe la menor duda, ni la mayor tampoco. Yo debí ser hombre, y dejarme la barba, y llevar pantalones con trabillas, y fumar *emperadores*, como si fueran cigarrillos de *La Panchita*... Esto lo digo, porque siento en mi pecho bullir, ó si VV. quieren, *hervir* una alma varonil, más templada que la de Juana de Arco. Y en viendo un hombre con bigotes, ya soy mujer al agua, y me le quedo mirando con la boca abierta, como los lugareños que delante de una tienda de la corte abren la boca, sin duda para *ver mejor*...

¡Pues poquito que me gusta á mí esa mitad del género humano que llaman *fea* no sé por qué!...

Hay algunas mujeres que tienen afición á la música, otras al baile, otras... ¡Yo, señores, me despepito por un hombre; les tengo una afición, que cualquiera diría que eran tres aficiones.

Todos los que han estudiado mi carácter, dicen que esta afición se conoce en mi *individua* desde los tiempos más remotos.

Remontemos el vuelo, si quieres, *hermoso lector*, y escucha mi historia, que ya verás cómo pica, no en historia, sino en tragedia, pero de aquellas despeluznantes, como las que hacía el simpático Rossi!...

Yo nací en el año de gracia de 1808.

Y maldita la gracia que me hace ahora haber nacido en aquella época, porque por haber nacido entónces, tengo sobre mi pellejo 59 primaveras... que me fastidian como si fueran 59 cantáridas...

Vine al mundo de noche, y aseguraba mi madre que cuando abrí los ojos á la luz de... una mala vela de sebo que había en el cuarto, fijé la vista en el comadron, y le dí un abrazo de grueso calibre, que dejó á aquel caballero turulato.

¡Qué precocidad la mía!... Ya empezaba á saber lo que era bueno.

Pues señor, yo fui creciendo como la mala yerba.

Me trajeron una ama de cria, y la tuvieron que echar de casa, porque á mordiscos y puñetazos no la dejaba dormir ninguna noche.

Yo no podía ver á las mujeres.

Y me criaron con una cabrita, que me puso como un mostrenco de gorda.

Me compraron juguetes. Me traían muñecas y cocinitas, y yo prefería á las muñecas los *llorones*, solo porque eran hombres.

Cuando venía algun señor á casa, yo me volvía loca de contenta, y si el señor traía niños, ya estaba yo jugando con ellos... á los *soldaos* y á la *gallinita ciega*.

Algunas veces me preguntaban:

—Virtuditas, lucero, ¿qué te gustan más, los *nenes* ó las *nenas*?

—Los *nenes*, los *nenes*, respondía yo.

—¡Qué picarona! me decían; y todos se me comían á besos.

Y cumplí los seis años...

En aquel entónces ya me habían quitado el *babero*, y lucía en mis piernecitas unos pantalones. Ya me creía ser un hombre.

Me llevaron á la *maestra*, y allí aprendí de todo ménos de lo que deben saber las niñas que luego son mujeres de su casa.

No supe hacer una labor, ni siquiera bordar un pañuelo para el santo de mi mamá.

Pero en cambio aprendí á escribir sin falsilla y á leer de corrido, porque en el colegio de niños que había enfrente al nuestro, me miraba todas las tardes un colegial de 9 años, y me enseñaba cartitas.

Necesitaba saber escribir para contestar á aquel *jóven*, en quien yo creía encontrar mi *Abelardo*.

Porque, han de saber VV. que yo había leído la historia de Abelardo y Eloisa, que me la dejó una niña, y, francamente, era preciso que yo encontrase un *Abelardo* en el mundo.

¡Poquito que me gustaban á mí las historias amorosas!...

Para concluir: una tarde, al salir de la *maestra*, me robó aquel niño, y nos fuimos al campo.

Pero allí no teníamos que comer, y decidimos volver á casa. ¡Figúrense VV. la sopapina que me arrimaron!...

—Esta niña ha de ser nuestra deshonra, decía mi padre...

Y acompañaba sus palabras con cada lapo, que me levantaba tres ó cuatro *cardenales*, unos encima de otros...

Pasó algun tiempo: me tuvieron á pan y agua tres meses seguidos, y las niñas amigas mías me hacían la cruz y me llamaban la *paniguada*...

Si hubiera sido hombre, hubieran muerto todas á mis manos, enristradas con un espadín.

Y cumplí 10 años.

Ya era una mujer: el vestido pugnaba por llegar al suelo; pero mi mamá no quería parecer señora de edad, y nunca me ponía de largo...

No me importaba: yo era bonita, muy bonita, así me lo decían muchos *currutacos* de 16 años cuando pasaban por mi lado, y con esto tenía bastante.

Uno de ellos (Ambrosio se llamaba) me acompañó un día al salir de misa: le dió media peseta á mi criada, y me citó en el terrado de mi casa para aquella misma noche.

Se acostaron mis papás, y yo me levanté callandito y me subí al terrado, donde pillé un catarro que me tuvo enferma mes y medio, y donde no encontré á mi Ambrosio, porque el chico era tímido como un colegial.

Esto no impidió que mi padre me sorprendiera en el paseo nocturno, y que repitiera la paliza de algunos años atrás...

Pero yo era ligera de cascos, y no daba crédito á las palabras de mi padre, que por un oído me entraban y por otro me salían...

¡Así me veo ahora!... Solterita, con 59 años á la cola, y siendo patrona en una casa de huéspedes que he conseguido, como VV. verán, si les da la gana de seguir leyendo...

¡Ya no me llaman Virtuditas!...

¡Ay, lectores míos, el que mejor me llama me dice la *señá* Virtudes ó *doña* Virtudes!...

Un día de estos me voy á comer crudo al que me llame así.

Mis padres determinaron llevarme á un colegio de señoritas, para que me *domasen*...

Me zamparon en un ferro-carril, y fui todo el camino con mi familia.

Pero la fortuna me sonreía á cada paso.

Asomé la cabeza por la ventanilla del coche, y observé que un *jóven* que iba en el coche inmediato me miraba.

Excusado es decir que nos hicimos el amor por la ventanilla, hasta el punto de que el *jóven* me escribió una carta, que una columna de aire se encargó de trasladar desde su coche al mío. ¡Oh placer! aquel interesante mancebo iba también al mismo sitio que yo.

Le envié un beso desde mi coche, y aquel *jóven* se puso colorado como una blusa garibaldina.

Tres meses estuve en el colegio.

deber; los dos, porque nos lo impedían Cristina y mi madre, recelosas siempre del pasado.

Al hallarnos el uno enfrente del otro, no supimos qué decir, y no obstante, conocíamos que era ridículo nuestro mútuo silencio.

Leopoldo, que es la bondad misma, le interrumpió, cogiéndome de la mano.

—¡Hermana! me dijo con un tono dulcísimo que me conmovió toda el alma, hermana mía, porque ya me creo con derecho de dar á V. tan dulce título, ya me creo con derecho de reclamar una parte de la ternura que profesa V. á Cristina.

Me sentí desfallecer: mi mano tembló dentro de las suyas.

Leopoldo advirtió mi temblor, y me miró como no me había mirado nunca hasta entónces.

—Pues bien, hermana mía, repuso tras algunos instantes de vacilación, ansiaba decirle á V. antes de separarnos, que aunque el amor me hace un poco egoísta, no he dejado de admirar en estos días su bondad, su modestia, su dulzura, prendas todas que le han conquistado mi afecto, afecto santo, afecto inextinguible, con el cual puede V. contar en cualquier evento, en cualquier circunstancia de su vida.

Me eché á llorar: lloraba de dolor y alegría al mismo tiempo.

Leopoldo se conmovió vivamente al ver mis lágrimas, y me estrechó la mano con tierna efusión.

El peligro era inmenso, tenía que luchar y vencer en el instante mismo, si no quería sucumbir á mis tumultuosas sensaciones: tenía que interponer una barrera entre los dos, si no quería exponerme á vender mi secreto.

—Acepto el título de hermano que V. me ofrece, le dije con voz trémula, y en cambio le prometo ser fiel depositaria de su dicha. Durante su ausencia, yo consolaré á Cristina, yo la hablaré del hombre generoso, único digno de merecer su afecto.

—¡Sí! murmuró Leopoldo con tristeza. ¡Son tan frágiles las promesas de un corazón de veinte años!

La mente de las jóvenes es como un límpido espejo, que solo reproduce las imágenes de los que están presentes!

En todas las cartas que recibía de mis padres, me aconsejaban la aplicación y las buenas costumbres.

Pero yo no podía dominar mis instintos, y cada tarde venía á verme el *jóven* del tren por la puerta del jardín del colegio...

Un día el *jóven* entró en el jardín.

Y allí se arrojó una marimorena atroz, terrible, como el genio de la directora.

Aquel *Adán* fué arrojado del *Paraiso* de nuestro colegio por la espada de fuego de cien voces que se escandalizaron.

La directora consideró funesta mi persona, y escribió á mi familia una carta, dondó me ponía como un trapo... súcio.

Consecuencia natural: salí del colegio, y volví á la corte.

Aquí me las den todas... pensé.

Cuando llegué á Madrid, ya había cumplido los 18 años.

Era una mujer con tontillo y las demás cosas que entónces se llevaban.

Y á pesar de las amenazas de mi padre, que prometía ponerme á servir si no me corregía, yo continué en mis catorce, porque *genio* y *figura*...

Sería prolijo contar á VV. todos los novios que desde aquella época he tenido.—Conservo todavía una lista de mis adoradores, que llama de tú á aquella famosa lista de don Juan Tenorio.

Juanito Tenorio no llegó á tener *siglo* y *medio* de amantes, como yo; más claro, yo tuve 150 entre pollos y gallos, sin contar el cochero de mi casa, que se me declaró desde el pescante, y el cartero y otros *servilones* que me echaban chicleos.

La lista de mis víctimas, se parece solo á aquella lista de las cartas detenidas que cada día se pone al público en la administración de Correos.

¡Y qué perradas les he jugado á todos, vágame Dios!...

Eso de tener tres ó cuatro novios el mismo tiempo, era para mí más natural que los fenómenos naturales, que al fin estos son *fenómenos*, y lo que yo hacía se ve á cada paso.

Un teniente de artillería me hizo el amor un mes en las sillas del Prado, pero se atufó una noche porque le dí una cartita á un estudiante del cuarto año de leyes.

Un cadete se murió por mí.

Un notario estuvo dos meses encandilado conmigo.

Lo planté como si fuera un alcornoque, y cuentan que el pobre mozo, víctima de mi desvío, se pegó un tiro... por debajo del sobaco.

El maestro de piano, un *jóven*... propietario, un corredor de cambio, un barítono de zarzuela, un simpático acomodador del teatro del Circo, un provinciano, un director de un periódico político, y un redactor del *Padre Cobos*, un poeta romántico que me escribía con la sangre de sus venas, un escribiente del Banco de España, y otras tantas remesas como esta, que no es del caso enumerar, tuvieron un lugar en mi corazón.

Por supuesto que todos llevaban pelo *mío* en sus guarda-pelos. El pelo iba cortándolo de una trenza monstruo que me regaló mi peluquero.

Por algo decía yo que mi historia era *despeluznante*.

—¡Oh nó! exclamé con fuego, el corazón de Cristina no es de los que olvidan.

—¡Nó! repuso Leopoldo en voz tan baja como si hablase consigo mismo, y no obstante, y sin duda á pesar suyo, observo que á veces un lazo, una flor, bastan á distraerla; basta á entusiasmarla la descripción de un traje... Quisiera que fuese un poco más seria... ¡Como V., por ejemplo!

—Es muy niña, le interrumpí sonriendo, y bien se ve cuán exigente es el amor, cuando lamenta estas pequeñeces, en quien está adornado de tan bellas perfecciones!

Dios únicamente sabe cuánto me costó pronunciar estas palabras, que envolvían un reproche, Dios sabe únicamente cuánto me costó separar me de su lado, pretextando una ocupación precisa, y con cuánta desesperación fui á esconderme en mi aposento, para dar libre suelta á mis lágrimas amargas.

También Cristina estuvo llorando toda la mañana, y casi la ví próxima á desmayarse cuando Leopoldo, repitiéndola sus juramentos, la dió el adiós de despedida. Permaneció sollozando, apoyada en la puerta, hasta que el noble *jóven* desapareció entre los árboles; pero entónces...

Margarita se detuvo irresoluta al pronunciar estas palabras.

—Padre mío, mi buen don Silverio, repuso pasados algunos instantes, para decir toda la verdad, me veo precisada á motejar á mi hermana; pero esta es una confesión, y es V. mi confesor...

—Habla, habla, exclamó don Silverio, no omitas ni una palabra, ni siquiera un pensamiento. Además de confesor, ¿no me has elegido por juez?

—¡Cree V., prosiguió Margarita vacilando, cree V. que haya mujeres que finjan el llanto? Yo no lo creía; pero entónces hube de convencerme de esta triste verdad. Apénas Cristina dejó de ver á Leopoldo, se enjugó las lágrimas y entró en casa tranquila y sonriendo. La metamorfosis fué instantánea y completa, y yo no podía dar crédito á mis ojos.

(Se continuará.)

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

de

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPITULO II.

(Continuación.)

A veces el sonido de mi voz parecía sorprender á Leopoldo, á veces mi nombre, pronunciado de improviso junto á él, le dejaba suspenso y distraído.

Yo no hacía nada para evocar estos vagos recuerdos que conservaba de mí; pero era dichosa, muy dichosa, al cerciorarme de que no lo había olvidado todo.

En cuanto á Cristina, tan entregada estaba á su amor, que casi ni por incidente me dirigía la palabra. Esta conducta me entristecía sobre manera; pero pensaba que la felicidad es egoísta, y que algo se debe perdonar á los que son dichosos.

Llegó, por fin, el momento en que Leopoldo debía abandonarnos. Su plan era ir á pedir el consentimiento de su padre para su enlace, y volver muy pronto en busca de Cristina.

A pesar de mis sufrimientos, su marcha era el golpe que más me aterraba. Me parecía que iba á faltarme la luz y el aire para respirar si me faltaba su presencia. La víspera de su partida, me acosté muy triste y no pude conciliar el sueño en toda la noche.

Me levanté con la aurora. Al salir de mi aposento, ví á Leopoldo inmóvil, delante de la puerta del de mi hermana. Tampoco él debía de haber disfrutado de un tranquilo sueño, porque estaba pálido y abatido.

Nunca nos habíamos encontrado á solas, nunca nos habíamos dirigido la palabra, él por indiferencia, yo por

LO QUE SE DICE EN LA CALLE.

Pero ahora viene lo bueno. No son para contados los apuros que yo pasaba, á fin de tener contentos á todos los chicos.

Muchas veces se reunian en un grupo cinco ó seis novios míos; como los hombres son tan reservados, hablaban de mí y se descubría el pastel, porque todos empezaban á sacar mis epístolas á mis pelos.

En todas las cartas decía lo mismo, porque yo tenía una circular que me servía para el caso.

El dueño de la carta (según en ella se leía) era el único á quien yo adoraba de veras. Añadía que solo una vez se ama en el mundo, y otra porción de frases de efecto, que dejaban á los chicos más huecos... que mi corazón.

Porque la verdad, lectores míos, era que en medio de tanto amante, y rodeada del amor por todas partes, yo no sentía en mi alma nada, ni siquiera el más leve síntoma de ese fuego que alimenta, en vez de consumir, á los que quieren de veras; yo no comprendía la inefable di ha que deben experimentar los que aman y son correspondidos; yo llevaba en mi pecho un pedazo de piedra, insensible para todo á fuerza de haberla hecho sentir tantas y tan variadas impresiones.

¡Y esto era horriblemente desconsolador!...

Pero miel sobre hojuelas era esto, comparado con lo mucho que luego me ha hecho sufrir mi pícara condición.

Lo diré en dos palabras, porque esto se alarga mucho:

Frecuentaba los salones, los bailes, los teatros, en todas partes tenía alguno para pasar el rato.

Sin salir de mi casa podía vivir... amando...

Todos mis vecinos eran correspondidos (según creían), y hasta por el ventanillo de la puerta hablaba con tres ó cuatro.

Cuando iba á alguna reunión, difícilmente encontraba uno que no hubiera tenido relaciones conmigo...

Y como todos me conocían, yo empezaba á aburrirme de lo lindo.

A todo esto tenía 22 años.

Y no había pensado en casarme. Ahora empieza lo triste.

Tuve varios partidos buenos. Mis padres hubieran gozado en grande si yo me hubiera casado con alguno de los que me proponían.

Uno de ellos (toda mi vida me acordaré de él) estaba enamorado de mí como un loco; yo debía casarme con él. Estuvimos prometidos; pero pocos días antes de la boda, me sorprendió haciendo señas á otro jóven, y entonces mi futuro se escamó naturalmente, y despreció mi mano, huyendo de la corte.

Disgustó y gordo tuvieron en mi casa. A consecuencia de él, mi padre, que ya estaba achacoso, murió á los pocos días en mis brazos, sin perdonarme la falta que le había ocasionado la muerte.

Ahora comprendo lo miserable que yo era.

Podía haber sido feliz. Las cartas de mi prometido revelaban en él un hombre de talento, enamorado, y que hubiera realizado mi suerte.

Pero entonces era lo primero la vanidad de mujer: era preciso superar en novios á mis amigas...

Mi madre no tardó mucho tiempo en acompañar á mi padre.

Yo quedé en el mundo poco menos que desamparada.

Un pariente lejano me recogió por compasión.

Empecé á conocer que una mujer soltera, á cierta edad, es lo más ridículo que se ha inventado.

El pariente me llevaba á reuniones, para probar el último esfuerzo. Pero yo iba siendo *jamona*.

Y nadie se me acercaba.

¡En los bailes tenía que irme á la sala de las mamás!...

En vano buscaba amparo en la Sociedad, apoyo en las pollitas, galanterías en los hombres.—La sociedad no me hacía caso, las pollitas huían de mi lado, como si fuera la peste, y los hombres me volvían la espalda.

Si hubiera sido hombre, me hubiera suicidado... porque aquella vida y aquel porvenir de color indefinible que se me presentaba, me iba pesando como una maldición... ¿No es verdad que esto es horrible, como aquellas tragedias que hacía Rossi?...

Mi protector murió también, y me dejó una mala casa, para poder vivir como Dios me diese á entender. Desde entonces soy ama de huéspedes...

Si alguna vez oyen VV. hablar de la *señá* Virtudes, una ama de huéspedes que tiene muy mal genio, pero que cuida bien á sus pupilos, y que todas las mañanas sale á la compra con una mantilla vieja y un vestido raído, no preguntéis quién es.

Esa *vieja*, que así me llaman todos, soy yo, lectoras mías, yo, que he creído gozar del mundo, y que hoy soy la más desgraciada de las mujeres. Muchas veces me entretengo en leer las cartas de mis novios, y recordando mi vida pasada, y los consejos de mi padre, no puedo menos de llorar con desesperación.

No seáis coquetas, lectoras, miraos en este espejo. ¿Qué adelanto ahora con que me gusten los hombres?... Nada. ¡Solo que me llamen la *señá* Virtudes!!!

RICARDO SEPÚLVEDA.

Un pretendiente.—Pues el portero me dijo que ahora mismo iba á salir S. E. ¿A que se me ha ido por la otra puerta?... Bueno me va a poner mi mujer cuando sepa que también hoy me vuelvo sin el sí ó el no.

Una jamona que va á tiendas.—¡Jesús! lo menos me vienen siguiendo seis hombres... Es fuerte cosa que aunque lleve el velo echado... Y mi marido dirá luego que ya no debo pensar en tonterías... Esto de tener una este aire de juventud...

Un pollo presumido.—¡Qué ojos me echa esa morena!... Pues apenas toma varas esa rubia... Buenos cristales han puesto en esta tienda; se ve uno de cuerpo entero... Me parece que se me ha ladeado un poco la corbata... ¡Qué mirada me ha echado esa señora que va con su marido! Su marido debe ser, porque lleva una cara de renegado... ¿Otra mirada?... Eso es decirme *sigueme, pollo*. Pues allá voy.

Una criada, con el llavín en el dedo.—Pues señor, mi cabo no viene hoy... Pues él no está de servicio... Puede que esté de servicio con otra... Pues si yo lo llego á oler... pronto le digo que si al *cevil* que se pone en la esquina... La señorita estará trinando... Luego dice que tarda una, y que una siempre tiene algún trapicheo... Pues lo que es ella... Vaya, ya no viene, me voy á casa... Puede que haya puesto ya el puchero la señora... ¡Vaya una pedrada que me da con eso! Así fregará también... ¡Ay! ¡allí viene mi sargento!... ¡Qué airoso!... Cuando le veo de venir, parece como que se me alojan las piernas...

Un imponente en una sociedad de crédito.—Pues señor, bueno, seis meses hace que me están diciendo que me devolverán mi dinero, y todavía no hay novedad... Ya me conformo con que no me den los intereses; pero, hombre, mi dinero... no devolverme mi dinero... ¡Y se incomodan porque voy tantas veces á pedirlo!... Pues cuando lo fui á llevar, más me valía no haber nacido; bien lo recibieron con mucho gusto, y me pusieron buena cara todos, desde el portero al Director... ¡Pobres hijos míos! Yo, que creía que á estas horas iban á tener el oro y el moro, y no me dan de lo mío ni para comprarles unos zapatos...

Un ladrón.—Lo que es ese señor que se va parando en todas las tiendas, se queda sin algo hoy. El Tuerto me ha encargado un reloj bueno, que ya lo tiene él vendido á un forastero que está en la Cava Baja, en la posada del Buñuelo, y me parece que quien se va á quedar sin él, es ese señor... A ver si se para á ver la gente que sale de misa... De fijo se parará, porque no debe tener nada que hacer. ¿No lo dije? Ya está allí... Manos á la obra.

Un músico de regimiento.—¿Otra vez á tocar? Para que oigan la música todos estos vagos que van acompañándonos... ¿Qué vamos á tocar?... ¡Ah! la marcha del *Renegado en Chamberí*... Vamos á soplar un poco, y sin haber almorzado...

El tambor mayor.—¿Cómo me miran las mujeres!... Efectivamente, por más que miro no veo yo muchos tan buenos mozos como yo... Voy á dar este redoble por aquella morena que está allí sin quitarme ojo.

Un viejo alegre.—Buen aire lleva esa que va delante. Eso de ser uno viejo, es una ganga... A mí me gustan ahora las mujeres más que cuando era jóven.

Un médico.—Mañana tendré más enfermos, porque hoy es un día de prueba... El que salga hoy de casa sin muchas precauciones, coge un catarro que me río yo.

Un mendigo.—¿Quién me la manda rezar?... San Lesmes y San Pancracio... Pues señor, hace una hora que no salgo de los diez reales... Será hoy el primer día que me vaya yo á casa sin mis cuatro pesetas... ¿Cuánto va á que mi mujer hace más en la novena? Hermanitos, este pobre con seis de familia...

Una viuda.—A ver si está don Serafín en casa... Dos pagas quiere por adelantarme una; pero ¿qué he de hacer?... Menos de ocho duros no me dan un sombrero de los que han venido nuevos...

Un estudiante que no ha ido á clase.—Nó, lo que es mañana no pierdo la clase... Hoy, como está tan malo el día, no irá nadie... Voy á ver si están los otros en el café Imperial.

Un bolsista.—34 y 50, por estelado pierdo 1,000 rs... 61 y 25, por este lado gano 3,000... Primero que yo me reponga... Y aquella que quiere un vestido... y medio aderezo... Y el cupon no me le pagan hasta Marzo...

Una pollita.—¡Qué bonito vestido lleva esa señora! Lo méno vale 4,000 rs... Y yo siempre con este, que ya lo he vuelto lo de arriba abajo y lo de abajo arriba seis veces... No quiero decirle nada á mamá, porque como no me puede comprar nada, la pobre se afige... Pero es una desgracia que yo no tenga un vestido como ese... ¡Qué buen mozo es ese!... ¡Ay! ¡si yo me casara con un rico como Gertrudis!... Es verdad que su marido es un viejo, pero ella va que parece una duquesa... ¡Paciencia!

Un vendedor de periódicos.—Caballero, cómpreme V. El CASCABEL, que todavía no me he estrenado.

Uno que lleva un regalo.—Pues señor, me pica en la espalda de una manera... y no puedo rascarme sin soltar esto... Vaya unas golosinas que le regala el señor al médico... Nó, pues lo que es en cuanto entre en el portal, me como esa figurita de azúcar... Lo menos me dará el médico dos pesetas... Y puede que no me dé nada, porque hay gente tan ruin...

Un borracho.—¡Ea! que ya lo he dicho, que no vuelvo á beber vino, que se me pone la cabeza mala... Nada, no vuelvo á beber vino, y en prueba de ello, voy á entrar aquí á echarme una lamparilla por despedida.

Un sepulturero.—¡Cuánto pesa este pobre!...

Un cochero de plaza.—¡Eh! ¡eh! ¡eh! Parece que son sordos... Este señor que he cargado el último, se conoce que tiene mucho que ver con el Gobierno. Ya hemos

ido á todos los ministerios... Debe ser un personaje...

Un soldado.—¡Anda, la hora de la lista... No me tengo que dar mala carrera hasta el cuartel... En poniéndome á hablar con la Paca, ya se sabe...

Un tramposo.—¡Ay! ya me iba á meter por esta calle, y aquí vive el zapatero, que me ha ofrecido tirarme el tirapié... ¡Toma! ¡y en esta vive el sastre!... ¡Ay! allí viene mi antigua patrona, doña Nemesia. Me meto en este portal... ¡Caramba! si es la casa del prestamista que me dió 1,000 reales, con la garantía de un amigo... Pues señor, no tiene uno por dónde andar...

Un marido que va á buscar al comadron.—¿Si será chico?... ¿Si será chica?... Ella tiene muy abultado el vientre... ¿Si serán dos?...

Un recién casado.—¡Qué pesadez de oficina!... ¡Cinco horas sin ver á mi mujer!... A ver si luego puedo hacer una escapada, y la llevaré una yema de coco.

Un casado de tiempo.—Lo que es hoy, no como en casa. Diré que hemos tenido trabajo extraordinario en la oficina.

C. FRONTERA.

CASCABELES.

El otro día, en un teatro de esta corte, en la entrada general, había un señor que ocupaba su asiento, y tenía puesto el sombrero en el inmediato, sin querer dejar á nadie ocupar el asiento vacante.

—Es de un amigo, decía á todos los que se acercaban á aquel sitio.

Pasados los dos primeros actos, un jóven, que por no hallar asiento había tenido que estar de pié en un rincón, viendo el asiento vacante, se acercó y le dijo:

—Caballero, yo voy á sentarme aquí, porque ya no vendrá la persona que le debía ocupar, y yo estoy cansado de estar de pié; hágame V. el favor de quitar el sombrero.

—Nó, señor, este asiento lo tengo yo guardado para un amigo mío.

—Pero, ¿si ese señor no viene?...

—Hombre! pues por eso le tengo guardado el asiento; si hubiera venido lo guardaría él, pero está en cama y no puede venir.

Canté al mar, canté á las flores,
y á las estrellas cante,
pero á tí, que eres un ángel,
cómo cantarte no sé.

Al salir del Arca santa los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, notaron espantados que durante su larga navegación, había tomado su epidérmis un aspueroso color negro. Después de fregarse inútilmente todo el cuerpo con un buen estropajo y jabón de Mora, que por entonces estaba muy en boga entre la gente elegante, los tres pobres chicos, desconsolados, fueron en busca del buen Noé, que en aquel momento había dado con la receta del legítimo vino de Jerez, el cual, compadecido de su estado, les indicó un manantial distante pocos kilómetros, cuyas aguas, compuestas de los mismos ingredientes que hoy entran en la confección del agua de Barcelona, debía indudablemente devolverles su primitiva blancura.

El buen patriarca les encajó que se dieran prisa, porque hacía dos grados más de calor que en el paraíso del teatro Real, y temía no se agotara el manantial.

Los tres muchachos, in quietos, y con el alma tan negra, poco más ó menos, que el cuerpo, salieron á todo correr en la dirección indicada.

Pero ¡oh fatalidad! el manantial estaba casi seco. El ágil y afortunado Jafet, que llegó al primero, encontró aun bastante agua para darse un baño, del cual salió más blanco que el maldito de un gastador de ingenieros.

Sem, que llegó el segundo, apenas encontró agua para humedecerse el cuerpo con una esponja empapada en el agua milagrosa, y se quedó amarillito como un refajo de castellana vieja.

Cam, el malaventurado Cam, que con los pies perdidos de callos no podía correr, el desdichado Cam, salvo la palma de la mano y la planta del pié, que restregó frenéticamente en la arena húmeda todavía, salió más negro que una noche de truenos.

Y así es que Jafet dió nacimiento á la raza blanca; de Sem descendieron todos los pueblos semíticos, cuyo color de tez varia desde el ocre hasta la miel de la Alcarria, y Cam dió el ser á los negros.

Geroglífico del número anterior.

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capiana
de la tropa aragonesa.

Ma zini ha dirigido un manifiesto á los romanos.
Mañana voy yo á dirigir uno á los carabancheros.
Uno y otro tendrán igual importancia. Los dos demostrarán cómo nos gusta meternos en lo que no nos importa.

Al salir de su casa doña Flora,
uno le dijo:—Tome V. señora,
y déjala en las manos un chiquillo,
ocasion inocente
de que á la pobre dama cierta gente
le haya armado después un caramillo.
Prueba este caso, por demás extraño,
que en tomar puede haber también engaño.

El sábado hubo baile en el teatro de la Zarzuela.
Estuvo como el tiempo, frío.

Me parece que este año no se harán ricos los empresarios de bailes.

Se necesita mucha vocación para irse á un baile desde las doce de la noche á las seis de la mañana, habiendo lluvia, frío y barro.

Rita arrancó el moño á Dorotea,
porque ésta dijo de ella que era fea;
y aunque la llamen tonta y holgazana,
se queda dona Rita tan ufana.
Si ves una mujer que es horrosa,
¿qué te cuesta decirle que es hermosa?

En la calle del Río y en el paseo de Areneros, se han abierto salones de baile, á los que concurre lo mejor de Madrid, aunque yo no voy por falta de tiempo y de agilidad y firmeza en las piernas.

Eres flor por tu pureza,
eres coral por tus labios,
por tus ojos eres cielo,
pero por el alma mármol.

Rogamos á los suscritores de Madrid que recojan en la Administracion el número para el sorteo, y á los de provincias que remitan el sello para enviarles el número en carta. Tienen derecho al número para el sorteo, todas las personas que se suscriban ántes de concluir este mes.

De no haber sido muerto en Navidad ufanábase un pavo, mostrando es andalosa vanidad, y atribuyendo solo á su hermosura, talento y gallardía, la sin igual ventura de haber quedado incólume en tal día, cuando mueren los pavos á millones con escolta de pollos y capones. Discurriendo se hallaba el pobrecillo sobre su buena suerte, cuando entró un mozállon con un cuchillo y le dió sin piedad bárlara muerte.

Nadie se enorgullezca; al fin y al cabo, todo en el mundo, desde el hombre al pavo, de la nada se forma, y á la nada la muerte lo devuelve despiadada.

El emperador de Rusia ha expedido un decreto, suprimiendo la ópera italiana en San Petersburgo, durante este año.

Parece que el teatro italiano, cuyo empresario es allí el Estado, costaba más que producía.

La falta de ópera en aquel teatro, podrá contribuir á que los empresarios de París y Madrid tengan buen número de cantantes notables, á ménos precio que el que exigen cuando pueden poner la ley.

Charadita del número anterior.

Más que ser un caballero que depende de cualquiera, lo digo con fé sincera, quiero ser ropavejero.

Un cesante sin esperanzas.

Logogífo del número anterior.

Tengo de marido un cacho que á cualquiera se le doy, porque ya cansada estoy de ser mujer de un borracho.

(La señora de un mosquito, capaz de acabar con todas las cepas del mundo, y las demás.)

Un suscriptor de La Regeneracion, llama á este cofrade valiente periódico.

En efecto, valiente periódico es La Regeneracion.

A LOS FUMADORES.

RÉCIPE.

Hojam suciam buscabit mazoreorum qui enterrabit in fétida piscina et mojabit in aqua et estrigina reyuellam cum estircol corruptorum; preparabuntur luego rellenorum de hojam colem, sulfato de morfina, pestífera inmundicia matutina, crimem hurrus, el pulvis ladrillorum. Rociabit ingredientem cum esencia de canem cadavérico insepultum, et gatus negrus ad ratonem blancum, et secatus et luna de Valencia encontraberit fabricata ad puntum, tagar ninam ferozem del estancum.

CHARADITA.

La segunda y la primera es muy sabroso pescado; primera, segunda y cuarta honra y fama dió al teatro, y es un nombre popular y querido y respetado; juego es la cuarta y primera de muchachas y muchachos; tercera y cuarta, en Sevilla la podras ver, y en Bilbao; prima y cuarta, en la provincia de Búrgos lo vi de paso; y el todo de la charada es en días señalados funcion que el pueblo celebra con baile, música y tragos.

El otro día volvió un amigo nuestro de un viaje á Holanda, y hablando de la extremada limpieza que allí se lleva hasta la exageracion, nos dijo:

—Figúrense VV. si será allí la gente limpia, que en la calle, en el teatro, en las iglesias, en todas partes hay agentes de la autoridad, que en viendo que uno va á escupir, se le acercan á decirle que si quiere escupir tenga la bondad de pasar á Bélgica.

Pobre que al cielo cantares entonas en tu pobreza, no es tu miseria, es tu fé quien te aleja de la tierra.

Dicen, morena, que lloras con mucha facilidad; y así, que llores ó rias, ninguno te cree ya.

Con la muerte de las señoras Bardan y Soriano, la escena lírico-dramática ha quedado sin características de mérito. Ya que ahora se va á abrir una Academia para actores y actrices de zarzuela, bueno será que el señor Salas procure elegir entre sus discípulas algunas que puedan dedicarse á papeles de característica, tan importantes en la zarzuela.

Que tu marido es un santo sueles decir á tu madre; santo puede que no sea, mas lo que es de hijo, es mártir.

NECROLOGIA.

Ha fallecido en esta córte la conocida actriz de carácter, señora doña María Bardan, que tanto ha contribuido á popularizar la zarzuela, interpretando con sin igual gracia é inteligencia papeles como el de doña Sabina en *El Duende*, la baronesa en la titulada *En las astas del toro*, la tendera de *Un concierto casero* y otros muchos. El público de Madrid conservará gratísimo recuerdo de esta benemérita actriz, que á su talento reunía las más bellas prendas de carácter. Últimamente pertenecía á la compañía de los Bufos, cuyo director, señor Arderius, es sobrino de la distinguida actriz, que acaba de aumentar el número de los actores muertos de poco tiempo á esta parte.

GEROGLÍFICO



VENTAJAS Á LOS SUSCRITORES

DE EL CASCABEL.

Los suscritores por un año que hagan la suscripcion ántes del último día de Enero, reciben el *Almanaque de EL CASCABEL*, que contiene los pronósticos del astrónomo zaragozano, señor Castillo, y gran número de poesías, artículos y grabados; dos novelas de Paul de Kock, que son *Un marido gravido* y *El maestro de escuela*, otro libro, un vale para retratarse y recibir dos tarjetas, mediante el pago de una sola peseta, en la fotografía de don José Caballero, calle de Bordadores, número 5, y (esto es lo gordito) una papeleta con un número, que da derecho á un lote de MIL reales, que se sorteará en la Administracion de este periódico el día 1.º de Febrero próximo, interviniendo en la operacion del sorteo seis suscritores de los de Madrid, que se designarán.

Los que se suscriban ó renueven por seis meses, recibirán: El *Almanaque de EL CASCABEL*, las dos novelas de Paul de Kock ya citadas, un vale para retratarse, mediante la peseta al fotógrafo, y un número para el sorteo de QUINIENTOS reales, que se hará en la Administracion de EL CASCABEL, á presencia de seis suscritores de seis meses (no de seis meses de edad) de los de Madrid, el día 2 de Febrero, con los cuales QUINIENTOS reales podrá el agraciado echar una cana, y aun una canilla al aire, con aquellas personas de su agrado y satisfaccion.

Los que se suscriban ó renueven por tres meses, recibirán: Un número para el sorteo de TRESCIENTOS reales, que se verificará en la Administracion de EL CASCABEL el día 3 de Febrero, á presencia de seis suscritores por tres meses, de Madrid, y un vale para los dos ejemplares del retrato, mediante la peseta al fotógrafo.

Estos premios caerán en suerte precisamente á los suscritores, porque no habrá más números que los de estos.

Por lo contenido en este número, F. PEREZAGUA.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1867.—Imprenta de **EL Cascabel**, Á CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.

ANUNCIOS.

La elegante industrial.—Gran fábrica de calzado.—Rafael de la Vega, Arenal, 7. Especialidad en calzados clavados, doble duracion que el cosido. Desconoció de casi todo el público de España este sistema de construcción para el calzado, generalizado ya y tan preferido ya en todas las capitales de Europa, nuestra casa, persuadida por una larga experiencia de las inmensas ventajas que el calzado clavado tiene sobre el cosido, acaba de establecer un taller especial para la construcción de dicho calzado, en competencia con los mejores de Francia é Inglaterra, asegurando al público que estos calzados reúnen, á la par que elegancia, una solidez desconocida en los usados hasta ahora, resultando para el consumidor una economía de un 50 por 100.

Esta casa solo se dedica á la construcción de calzados superiores, por lo que los géneros son de las mejores fábricas extranjeras, y los operarios para su construcción de los más acreditados. Sus precios son muy arreglados.

Grandes surtidos para señora, caballero y niños.

Perfeccion en el corte y hechura de polainas para militar y paisano.

Calzados fuertes para niños, clase especial para colegios.

Barajita amorosa.—dedicada á los Benamorado por D. Juan Tenorio. Entretimiento muy propio para las tertulias en estas noches de invierno. Consta de 40 tarjetas, 20 de señora y 20 de caballero, que se barajan, y siempre sale una pregunta del caballero y una contestacion oportuna de la señora.

Se vende en la Administracion de EL CASCABEL á 2 rs., y se envía á provincias á quien mande 5 sellos de 4 cuartos.

La verdad en vinos españoles.—Bodega española. Mayor, 119. Gran almacen de vinos tintos y blancos, superiores de mesa, que con fecha 1.º de Octubre han abierto al público los señores San Roman y Toro.

Precios, 40 45 y 50 rs. arroba. Botellas 2, 2 1/2, y 3 rs. devolviendo el casco. Se sirve á domicilio.

GRAN FÁBRICA

DE GUANTES, CAMISAS Y CORBATAS,

Calle del Carmen, núm. 10.



Guantes de cabritilla.—Guantes para militares.—Chalinas y tapabocas de novedad.—Especialidad en guantes de abrigo.



Jarabe de San Antonio.—Calma toda clase de toses por rebeldes que sean. Ayuda la expectoracion y alivia el asma. Se vende, botica de Puerta Cerrada, número 11, Madrid. Frasco, 8 rs.

ALMACEN DE TABACOS HABANOS.

F. DE IBARRA Y MORALES,
CALLE DE LA MONTERA, NÚM. 6.

Gran surtido de tabacos habanos, desde 80 rs. caja de 100 cigarros, hasta las clases más escogidas.

Habiendo demostrado la experiencia que, para obtener un buen cigarrillo de papel, es preciso, además de buen tabaco, un papel especial que reúna las cualidades de no hacer variar el aroma al tabaco y no ser nocivo á la salud, y queriendo obtener la

ESPECIALIDAD

EN CIGARRILLOS DE PAPEL Y PICADURA.

esta casa ha adquirido el tabaco picado más exquisito que produce la Isla de Cuba, y al mismo tiempo ha remitido á la Habana papel de hilo, hecho expresamente para fabricar las siguientes clases de cajetillas:

	Las 100 cajetillas.	12 cajetillas.	1 cajetilla.
Cajetillas de cigarrillos largos.	230	30	2 1/2
Id. id. gordos.	200	24	2
Id. id. entregordos.	180	22	2
Id. id. entrefinos.	140	18	13 ctos.

PICADURA, 30 RS. LIBRA.—IDEM FABRICA «LA MADRILEÑA,» 24 RS.

Tabacos Habanos, Londres, Infantes, Operas y Conchas, á 7 cuartos cada cigarro. 24

Gran exposicion de devocionarios.—En la librería de Sanchez Rubio, calle de Carretas, núm 31, frente á la imprenta Nacional, hay un completo, elegante y variado surtido con encuadernaciones de todas clases, y de lujo, único punto en especialidad de Devocionarios de las principales casas de España y extranjero, de las mejores impresiones que se conocen, y en todas clases de precios.

Preciosas estampitas para registros y premios, Cristos finos de marfil, rosarios de lujo y de todas clases de precios: broches, registros y todo lo perteneciente á dicho ramo, á precios arreglados.

DECALCOMANIA ó arte de decorar por uno mismo con un barniz especial sobre cualquier especie de objetos, porcelana y alabastro, cristal, etc. ALBUMS para retratos y fotografías de todas clases. 1

Venta de grandes dehesas.—Se venden dos dehesas unidas y una venta en la provincia de Jaen, partido de Villacarrillo, término de Chiclana de Segura, lindando con la provincia de Ciudad Real, á 9 leguas de la estacion del ferro-carril en Valdepeñas, ó á 18 horas de Madrid.

Reunen bajo una linda 13,124 fanegas de marco real de á 576 estadales de doce piés de lado, ó sean 24 683 fanegas de marco de Madrid de 400 estadales, de á diez y medio piés, limitándolas por dos de sus lados los rios Guadalmena y Dañador.

Rentan 27,670 reales anuales, sin incluir la produccion del arbolado, y tienen abundantísima caza mayor y menor.

Se adjudicarán á la mayor oferta que se haga hasta el diez y seis de Enero á las doce del día, no bajando de 430,000 reales al contado, ó bien de 467,500 reales á pagar 217,500 al contado y 250,000 en cinco plazos iguales, vencidos de año en año.

Darán más pormenores en Madrid, calle del Florin, núm. 6 piso segundo, en donde se hará la adjudicacion dicho día.

En la calle de Vergara, 6, 3.º.—Escriben habitaciones amuebladas, con asistencia ó sin ella. 1

Prensas de hierro económica para la extraccion de aceites. Calle del Turco, núm. 9, Madrid. 2